

La visión del mundo y de sus gentes que nos da Ramón Lapayese es una visión flagelada por un estremecimiento de la luz. Pintura y escultura participan aquí de ese mismo fluido que traspasa los cuerpos y los deja fulminados, pero incandescentes como si ellos absorbieran toda esa luz de la que han muerto.

Pero esto es una forma convenida de ver las cosas, algo que está más cerca de la fórmula que del estilo. Lo cierto es que este neomanierismo – y manierismo es sólo la manera que tiembla – le brinda al pintor y al escultor Lapayese un campo muy propicio donde ejercitar su arte.

En la pintura, las formas ondulantes se recortan sobre un fondo neutro, ajeno por completo a la acción que se desarrolla en él; pero esos cuerpos fluidos se alimentan gozosamente de color y se alargan como pavesas de un fuego que los estremece.

En la escultura, ese temblor se hace más moderado y los volúmenes toman un aire de espontaneidad y repentización, criaturas del instinto, vivas y locuaces, que se nos aparecen como bocetos de sí mismas en plena materia y ariscas al tacto. Encantadores bocetos donde la gracia de expresión pone su mejor parte.

M.A. García-Viñolas. Diario Pueblo, Madrid, 2 de junio de 1971

© (de las imágenes) 2004 Herederos de Ramón Lapayese

<http://www.ramonlapayese.com>

Tf: +(34) 917 661 694

Email: marchant@ramonlapayese.com

(Nota: las tonalidades en estas imágenes pueden sufrir variaciones respecto a la obra original)